

CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA

CVIII ASAMBLEA PLENARIA

Bogotá, D.C., 1 al 6 de julio de 2019

ALOCUCIÓN INAUGURAL DEL EXCELENTÍSIMO MONSEÑOR OSCAR URBINA ORTEGA ARZOBISPO DE VILLAVICENCIO PRESIDENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL

Señor Cardenal, Señor Nuncio Apostólico, señores Arzobispos, Obispos, Sacerdotes, invitados especiales.

Me corresponde abrir la reflexión y la búsqueda de caminos para impulsar la dimensión social de la Evangelización en el contexto de los 200 años de vida republicana, en los que la presencia de la Iglesia Católica en el peregrinar de nuestro pueblo, ha sido permanente.

La economía al servicio de la dignidad y del bien común, es el título que hemos tomado para nuestro encuentro. La dignidad de la persona, creada a imagen de Dios, es un misterio. Pero también es una conquista que está a la base de la construcción de toda sociedad que coloque a las personas en el centro de las transformaciones sociales.

La economía hace parte de lo que ayuda a nuestra existencia humana a ser o no digna. Por ello, en el segundo propósito que nos hemos propuesto para discernir y trabajar juntos, queremos tomar conciencia de que el trabajo, la producción, la distribución y el consumo de bienes y servicios tiene un lugar importante en la reflexión de nuestra Iglesia que peregrina en Colombia. Las cuestiones sociales y económicas deben ir encaminadas en nuestra reflexión y anuncio, a despertar las conciencias de los responsables de ellas, para recuperar el sentido de

humanidad y justicia.

Desde la antropología cristiana, es preciso enfocar la reflexión sobre la economía con la perspectiva de los derechos humanos, el bien común y el destino universal de los bienes.

Los derechos humanos no son simples concesiones sociales, sino, elementos nucleares de la propia dignidad humana, y el poder político y la sociedad están llamados a protegerlos. Los derechos no los creamos, los descubrimos en nosotros, son nuestros, antes de cualquier formulación y legislación. Sólo la dignidad de la persona garantiza y extiende la promoción de los derechos hacia todos y en cualquier situación y contexto.

El bien común es el principio central de la ética social, que orienta también la cuestión económica y ecológica. El bien común está vinculado con la opción preferencial por los pobres, pues ayuda a extraer de raíz, las consecuencias de la inequidad que marca hondamente nuestro país. Y además, como dice el Papa “el bien común” es la justicia entre generaciones: “Ya no puede hablarse de desarrollo sostenible, sin una solidaridad intergeneracional” L.S 159.

El Papa Francisco, ha repetido muchas veces que la crisis económica es una crisis **ética y antropológica**. Los factores económicos manifiestan problemas éticos subyacentes: la pobreza, el desempleo son síntomas de la enfermedad moral. El mundo entero, como lo vivimos en estos días, es víctima de profundas tensiones, extremismos políticos, terrorismos, guerras, cuyas causas están en las profundas desigualdades económicas y los fracasos morales, por eso el Papa nos habla de crisis económica y cultural a nivel global (cfr. Discurso a la Fundación *Centesimus Annus Pro Pontifice*, 25-05-2013). Se necesita una ética de la responsabilidad en el manejo de la economía, que debe pasar por la responsabilidad en el consumo, en el cuidado de la casa común y en la protección de los más vulnerables.

El mismo Papa Francisco ha convocado para el 25 al 28 de marzo de 2020, una profunda reflexión en Asís, invitando a quienes se están formando y a quienes inician una economía, a un pacto global diferente para reanimar una economía que garantice el respeto del medio ambiente, la acogida de la vida, el cuidado de la familia, la igualdad social, la dignidad de los trabajadores y los derechos de las generaciones futuras.

Jesús mostró un innegable desapego de los bienes: “Los zorros tienen

madrigueras y los pájaros del cielo tienen nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde recostar la cabeza” (Lc 9,58). Fue claro en el compromiso en favor de los pobres, pues toda su vida, su obra salvadora que realizó por voluntad del Padre, está marcada por la presencia de los pobres, desde los pastores que corrieron al pesebre (Lc 2,6-20). En la parábola del buen samaritano, alaba la generosidad para colocar lo propio al servicio de los demás (Lc 10, 25-37) y la decisión de Zaqueo de dar la mitad de sus bienes a los pobres y restituir a quienes había defraudado (Lc 19,1-10).

Nos recomienda no dar excesiva importancia a la acumulación de bienes, ni colocar toda la confianza en ellos: “No estén angustiados por su vida, pensando qué comerán o qué beberán, o por su cuerpo con qué se vestirán, ¿No es más importante la vida que el alimento y el cuerpo más que la ropa?...” Los que se preocupan de todas estas cosas son los paganos, mientras su Padre celestial ya sabe que ustedes necesitan todo eso” (Mt 6, 25-32).

En la doctrina social de la Iglesia encontramos:

- El destino universal de los bienes de la tierra y la propiedad, como rasgo propio que la tradición cristiana aporta al debate secular sobre el uso de los bienes.
- La función social es la aplicación concreta del destino universal de los bienes. Pues el uso que se haga de ellos no es neutral en sus efectos, ni indiferente para la sociedad. Para nosotros en el país se hace palpable en los problemas de la tierra, que se concentra en manos de unos pocos y afecta los intereses de la sociedad. Las medidas que acompañen la reforma agraria no pueden quedarse en un solo reparto de tierras, sino que debe contribuir al desarrollo integral de nuestro pueblo.
- La responsabilidad última es del Estado, que debe garantizar que la función social sea tenida en cuenta, no sólo como principio, sino que sea traducida en instituciones y normas legales.
- San Juan Pablo II, en el mensaje del primero de enero de 2005, nos dijo: “El principio del destino universal de los bienes permite, además, afrontar adecuadamente el desafío de la pobreza, sobre todo teniendo en cuenta las condiciones de miseria en que viven más de mil millones de seres humanos”.

Hoy vivimos en un cambio de época. El mundo es escenario de procesos tan dinámicos que es una “aldea global” interdependiente. Este fenómeno con múltiples rostros necesita una ética común. La globalización es política, tecnológica, cultural y económica. Los aspectos políticos y culturales son tan importantes como los económicos. En ella abunda la mentalidad que en el hombre no hay referencias absolutas, por lo que no queda más misterio que el de la mayoría (relativismo).

El Papa Benedicto XVI, en su Carta Encíclica *Caritas in Veritate*, pide tener la osadía de buscar la verdad pues el hombre es capaz de ella y descubrir los valores constantes que han hecho su humanidad y su civilización. Plantea la caridad en la verdad como el principio a seguir hoy, no solo en las micro-relaciones, sino en las macro-relaciones sociales.

El amor en la verdad es la fuerza dinámica esencial del verdadero desarrollo de cada persona y de toda la humanidad. El desarrollo humano y el bienestar social tienen necesidad del amor en la verdad, en una sociedad que pasa por momentos difíciles: la crisis financiera, sus consecuencias sociales, psicológicas, políticas y antropológicas; la globalización con la reducción del nivel de protección social, el eclecticismo cultural, la ambigüedad de la ciencia con aplicaciones cuestionables en el dominio de la vida y la falta de reflexión sobre el fin de la economía. La estabilización social depende de la garantía de respeto por la vida humana, golpeada profundamente en nuestros días en el país.

La globalización es descrita como “un nuevo contexto económico, comercial y financiero internacional, caracterizado también por una creciente movilidad de los capitales financieros y los medios de producción, materiales e inmateriales” (CiV. 24).

El Papa advierte que, si sabemos manejar la globalización, encontraremos en ella enormes posibilidades, pues no sólo es un fenómeno económico, sino que también afecta al Estado, sus políticas, las relaciones sociales, los modelos de vida y la cultura. La sociedad interconectada, es oportunidad para un progreso verdadero, humano, tejido en la civilización del amor. Toda la arquitectura económica y financiera internacional debería ser revisada en profundidad para conseguir un bien común global. San Juan Pablo II nos invitó a globalizar la solidaridad y el Papa Francisco, recoge este llamado en hacer realidad la fraternidad.

Así el Papa Benedicto plantea: **la caridad** da la verdadera sustancia a la relación

personal con Dios y con el prójimo; no es sólo el principio de las micro-relaciones, como de las amistades, la familia, el pequeño grupo, sino de las macro-relaciones, como son las sociales, económicas y políticas (CiV 2). La caridad como principio en las relaciones sociales, parece un imposible de aplicar a las relaciones macro-sociales, pues los economistas, los sociólogos y los políticos resaltan ante todo la eficiencia y la justicia y el principio del interés propio que impregna y mueve la globalización.

La *Caritas in Veritate*, reviste la teoría y la práctica económica, tomando como base una ética de la gratuidad y la fraternidad. **El amor es la fuerza principal del desarrollo.** La preocupación primera es el amor, porque lo indispensable, no es tanto un cambio estructural, necesario sin duda, sino la instauración de una nueva forma de actuar desde la relación fraterna y gratuita. Toda la economía se debe renovar desde el espíritu de la gratuidad, del don. La lógica del don incide en la actividad económica empresarial porque don y gratuidad son complementarios de la justicia que regula los intercambios económicos.

El componente gratuidad, no deja de lado el mercado, ni el Estado. Si el mercado libre a nivel nacional es eficaz para iniciar y sostener a largo plazo el desarrollo económico, si funciona dentro de un sistema de valores humanos y reglas legales, será eficaz para un desarrollo integral que incluya los valores humanos y regule su funcionamiento con normas éticas de valor universal. **Sólo el amor** nos permitirá vivir y guiar la creciente interdependencia de la humanidad en términos de relación, de comunión y de participación.

Quiero añadir unas convicciones que nos señala el Papa Francisco para descubrir qué hacer:

- **La opción preferencial por los pobres**, que no son algo opcional para nosotros los cristianos, es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Por eso el Papa nos propone una Iglesia pobre para los pobres, porque los pobres tienen mucho que enseñarnos, pues con sus sufrimientos, conocen de modo especial a Cristo sufriente. Somos llamados a apreciarlos en su bondad, su manera de ser, su cultura y su estilo de vivir la fe.
- ¿Cómo podemos vivir **una Iglesia pobre para los pobres**? El Papa nos responde en la Vigilia de Pentecostés, (18-5-2013). “Hay un problema que no hace bien a los cristianos: el espíritu mundano... que nos lleva a la

autosuficiencia y a no vivir el espíritu de Jesús... en la vida pública, en la política, si no hay ética, una ética de referencia, entonces todo es posible y todo se puede hacer. Si se mueren las personas, si no tienen qué comer, si no tienen salud, ¡no importa! Esa es nuestra crisis actual y el testimonio de una Iglesia pobre para los pobres va en contra de esa mentalidad”.

- **Las periferias.** Hoy se habla de progreso y crecimiento continuo de la economía, y se oculta lo que no encaja con los modelos que generan éxito. No se debe eliminar del discurso, la degradación que sufren millones de colombianos en el olvido, en la marginación y el dolor. Como creyentes estamos llamados a salir de nosotros mismos, sin vacilación e ir a las periferias geográficas y también existenciales: las de la miseria del pecado, del dolor, de la injusticia, de la ignorancia y de la ausencia de fe, las del pensamiento, las de toda forma de miseria (L.S. 49).
- Para **un país tan inequitativo**, “mientras no se resuelvan radicalmente los problemas de los pobres, renunciando a la autonomía absoluta de los mercados y de la especulación financiera y atacando las causas estructurales de la inequidad, no se resolverán los problemas del mundo y en definitiva ningún problema. La inequidad es la raíz de los males sociales” (E.G 202).
- **La corrupción** es el cáncer de la economía. La corrupción sólo se puede perdonar si devuelve lo que se ha llevado: “la corrupción impide mirar el futuro con esperanza, porque con su prepotencia y aridez, destruye los proyectos de los débiles y oprime a los más pobres. Es un mal que se anida en gestos cotidianos para expandirse en escándalos públicos... Para erradicarla de la vida personal y social se necesita prudencia, vigilancia, lealtad, transparencia, unida al coraje de la denuncia” (M.V 19).
- La injusticia política, social y económica nos llama a los cristianos a la compasión y a **la solidaridad**. “La solidaridad es una reacción espontánea de quienes reconocen la función social de la propiedad y el destino universal de los bienes como realidades anteriores a la propiedad privada. La posesión privada de bienes se justifica para cuidarlos y acrecentarlos, de manera que sirvan mejor al bien común, por lo cual, la solidaridad debe vivirse como la decisión de devolverle al pobre lo que le corresponde. Estas convicciones y hábitos de solidaridad, cuando se hacen carne, abren camino a otras transformaciones estructurales y las vuelven posibles. Un cambio en las estructuras sin generar nuevas convicciones y actitudes dará lugar a que esas

mismas estructuras, tarde o temprano se vuelvan corruptas, pesadas e ineficaces” (E.G 189).

- **Techo, tierra, trabajo** son tres elementos centrales en la vida de las personas en sociedad. El **techo**, lugar de dignidad, custodia del hogar, deseo sumo de quien no lo tiene. La **tierra** que permite obtener el sustento para vivir. Por eso, la reforma agraria no se puede aplazar. El **trabajo** que sostiene y expresa la vida digna de la persona, pues sin trabajo no hay dignidad humana.

El gobierno no debe escatimar esfuerzos para que todos puedan gozar de condiciones materiales, espirituales mínimas para vivir su dignidad. Los tres factores afectan la existencia precaria de los pobres, que no sólo sufren las injusticias y la exclusión, sino que ellos mismos luchan contra ella. No esperan, sino que quieren ser protagonistas, se organizan, estudian en universidades populares, trabajan duramente y viven la solidaridad que se genera entre los que sufren. Una solidaridad que no conoce la globalización de la indiferencia (E.G 54). Por tanto, techo, tierra y trabajo son elementos irrenunciables, cuando se trata de economía y finanzas.

- **Los emigrantes.** Entre los pobres tenemos una categoría que nuestra Iglesia ama especialmente. No solo los que nos llegan del exterior y de nuestro país hermano, sino, las migraciones internas del país. Somos el primer país con un número tan alto de migrantes. Emigrar es la expresión del anhelo de felicidad propio de todo ser humano. Crecen los retos para la comunidad política, la sociedad civil y la Iglesia. El Papa en la Jornada Mundial del Emigrante del 21-02-2017, nos propone cuatro verbos: **acoger**, es decir, abrir canales humanitarios accesibles y seguros. **Proteger**, que es defender los derechos inalienables, que garanticen las libertades fundamentales y el respeto de la dignidad. **Promover** el desarrollo humano de los migrantes, desplazados y refugiados y de sus familias. **Integrar**, para la comunidad cristiana la integración pacífica de personas es un reflejo de su catolicidad, ya que la unidad es una dimensión de la vida de la Iglesia.
- **Tarea profética.** Nuestra tarea, es colocar de nuevo en el centro de la economía a la persona humana: “la dignidad de toda persona humana y el bien común, son cuestiones que deberían estructurar toda la política económica, pero a veces parecen apéndices añadidos desde fuera, para completar un discurso político, sin perspectivas ni programas de verdadero

desarrollo integral. ¡cuantas palabras se han vuelto molestas para este sistema! Molesta que se hable de ética, de solidaridad mundial, de distribución de los bienes, de preservar las fuentes de trabajo, de la dignidad de los débiles, de un Dios que exige un compromiso por la justicia. La cómoda indiferencia ante estas cuestiones vacía nuestra vida y nuestras palabras de todo significado” (E.G 202). El profeta no es nunca una persona cómoda, porque denuncia, expone el problema. Pero la única herramienta que tiene una sociedad para evitar los abusos es hacer que profetas, con libertad de espíritu, incluso sufriendo violencia, hablen del respeto, la verdad, la justicia y la preocupación por los pobres.

- **Nuevas generaciones.** Somos responsables de transmitir un mundo justo y un planeta habitable a los niños, adolescentes y jóvenes que hoy crecen y mañana heredarán nuestro legado. Es un drama para nosotros mismos, porque nos interpela sobre el sentido de nuestro paso por esta tierra. El riesgo de dejar a las próximas generaciones solo escombros, desiertos y basura y un estilo de vida insostenible, dependerá de lo que ahora hagamos y promovamos. Por eso, además de una solidaridad leal entre generaciones, es necesario trabajar la ética de una nueva solidaridad intergeneracional.

- Aunque los tiempos son difíciles, son tiempos de **esperanza**. Todo lo que acontece por más negativo y terrible que sea, siempre servirá para el bien, por eso los invito a proseguir en el trabajo que las jurisdicciones han realizado:
 - **En la superación de la pobreza:** nuestra Iglesia ha sido creadora de los Programas de Desarrollo y Paz, junto con otras organizaciones, promoviendo proyectos de generación de ingresos a nivel rural y urbano.

 - **En la lucha contra el hambre:** la Iglesia a través de su red de bancos de alimentos y programas parroquiales que favorecen a las poblaciones más vulnerables, como actualmente se realiza en Cúcuta y en la mayoría de las Diócesis, con las ollas comunitarias para atender a los migrantes.

 - **En el campo de la salud:** la Iglesia ha brindado históricamente atención en el terreno de la prevención de enfermedades, ha capacitado miles de agentes pastorales para acompañar a los enfermos y ancianos, ha ofrecido atención psico-social a las poblaciones que sufren por el desplazamiento forzado, las múltiples violencias y los desastres

naturales. Así mismo, la Iglesia ha tratado el problema de las múltiples violencias, con enfoque de salud pública.

- **En la educación:** la red de universidades y de educación básica y secundaria en todo el territorio, ofrece educación de calidad a sectores en condición de pobreza y exclusión, en todos los territorios especialmente en los más alejados.
- **Agua limpia y saneamiento básico:** existen programas en diversas poblaciones para mejorar la calidad del agua que favorezcan a las poblaciones en condiciones migratorias o en desplazamiento.
- **Pastoral del mundo del trabajo:** la capacitación técnica en Instituciones de la Iglesia es de calidad y se realiza de acuerdo con las necesidades de las regiones, en lo urbano y en lo rural, buscando sensibilizar para crear condiciones de trabajo decente y capacitar a los trabajadores.
- **Inequidad y exclusión:** existen numerosos programas de vivienda promovidos por la Iglesia, que busca reducir los niveles de inequidad en nuestra sociedad. Esos programas están acompañados por acciones que favorecen la inclusión social, la salud, la educación y el acompañamiento, en especial a programas comunitarios para mujeres, que buscan mejorar las condiciones de vida de los pobladores.
- **Ante el desplazamiento forzado** en el interior del país y la migración venezolana, es notoria la solidaridad de la Iglesia en todo el país, para proveer vestuario, medicinas y alimentos. En muchos territorios, la Iglesia es la única institución con esos propósitos sociales.
- **El cuidado de la casa común:** la campaña de nuestras iglesias por el cuidado de la riqueza natural, la recuperación y conservación de fuentes hídricas y la participación en la REPAM es un estímulo para proseguir este trabajo.
- **Paz y justicia:** cada Diócesis y el trabajo regional, son testigos de la labor en la mediación de los conflictos locales y nacionales, la promoción de una convivencia fraterna, el inicio de la construcción de una cultura de la paz, el trabajo por la reconciliación. El acompañamiento sistemático e integral a las víctimas, ha sido una tarea

que es necesario redoblar.

Ante esta compleja realidad vamos a: **Escuchar, discernir y trazar tareas de acción:** Sabemos que no hay fórmulas mágicas, pues la historia la construimos paso a paso, en el tiempo más que en el espacio, pero podemos ayudar a colocar la economía al servicio de todo nuestro pueblo y no de unos pocos, luchar contra la exclusión, la corrupción, y la inequidad, en la que el dinero domina en menoscabo de las personas, y anticipando la tercera Asamblea sobre la dimensión social de la Evangelización, que recogerá los ecos del Sínodo sobre la Amazonía, defendamos esta tierra rica en biodiversidad y en la pluralidad de sus culturas, para que sea parte de la casa común que hoy corre el riesgo de seguir siendo saqueada, devastada y destruida impunemente.

+ Óscar Urbina Ortega
Arzobispo de Villavicencio
Presidente de la Conferencia Episcopal